

“LA AGONÍA DE UNA DEMOCRACIA”

**DEBATE EN EL QUE PARTICIPAN
LOS POLITÓLOGOS
DANIEL CHASQUETTI Y ADOLFO GARCÉ
Y EL AUTOR DEL LIBRO,
DOCTOR JULIO MARÍA SANGUINETTI**

*Sábado 5 de setiembre de 2009.
Salón Rojo de la Intendencia Municipal de Montevideo*

*Versión Taquigráfica:
Adriana Carissimi
Patricia Carissimi*

“LA AGONÍA DE UNA DEMOCRACIA”. DEBATE EN EL QUE PARTICIPAN LOS POLITÓLOGOS DANIEL CHASQUETTI Y ADOLFO GARCÉ Y EL AUTOR DEL LIBRO, DOCTOR JULIO MARÍA SANGUINETTI

SEÑOR SANGUINETTI.– En primer lugar, quiero agradecer la presencia de todos ustedes, así como la adhesión de los comentaristas, lo que me parece importante para un país que está debatiendo poco en estos días en que deberíamos estar, no digo discutiendo propuestas, pero sí, por lo menos, rumbos, orientaciones generales –hoy creo más en el debate político en ese plano, que en el debate preciso de las propuestas–; y creo que la explicación de eso está en que nadie se siente demasiado contento con cómo el Uruguay está discutiendo sus asuntos. No se trata de un presente, ni de un pasado, ni de un futuro, porque al final es más o menos el mismo debate. La vida de los países es un ciclo constante, así como el de las capas geológicas, que se van acumulando una a una durante el transcurso del tiempo. En este caso, ya hemos tenido algún adelanto, porque con la comunidad académica de la Facultad de Ciencias Sociales hemos tenido un debate de tipo académico, como el que vamos a tener

ahora, que considero bueno trasladar al público en general, más allá del universitario.

Ya la palabra debate nos está indicando que no somos tres unánimes ciudadanos que opinamos exactamente lo mismo, ni sobre el pasado, ni sobre el presente ni, quizás, sobre el futuro, aunque sobre este siempre es más fácil ponerse de acuerdo. Simplemente voy a comenzar este intercambio reiterando lo que ha sido básicamente la intención del libro: fundamentalmente, llenar el espacio histórico que estaba faltando en ese período previo a la caída de la democracia. Ese gran episodio, tan dramático, tan trágico en el largo proyecto democrático de un Uruguay tan exitoso como país y tan exitoso como democracia, aparece a veces, en la mirada de hoy, como una especie de rayo que salió de detrás de una nube, como algo repentino, producto de una furia momentánea. Sin embargo, todos sabemos, cuando observamos con más detenimiento, que fue el resultado de un deterioro institucional generado a lo largo de los años. Pero eso lo sabemos quienes tenemos, digamos, más de cuarenta y cinco o cincuenta años –fíjense lo que les estoy diciendo–; todos los que tienen menos de esa edad han oído, pero prácticamente no lo han vivido, y eso es altamente significativo de esta necesidad.

Desde ya que también hay mucha memoria sobre estos temas, y en los últimos años ha habido mucha confusión: se usa la palabra “memoria” como sinónimo de Historia, cuando son estrictamente diversas y a veces

hasta enemigas. Yo lo puedo afirmar después de haber hecho este trabajo: la memoria, lejos de ayudarme, fue un enemigo en acecho constante, que más bien me inducía al error que a la verdad; porque la memoria trae imágenes, conceptos, a veces sentimientos, otras veces emociones, pero nunca recoge el relato exacto. Lo he sentido así y lo he vivido así. A veces uno cree que algo ocurrió antes o que ocurrió después. Pasados los años, la dimensión de los fenómenos no es sencilla; no es fácil mirar un tiempo de conflictos desde la paz, desde la serenidad de un Uruguay en que no ocurre nada. Resulta difícil trasladar a los muchachos la idea de lo que eran los liceos en aquellos años: la confrontación fuerte, agria, la protesta, la represión subsiguiente, etcétera. Entonces, desde esa perspectiva es que sentí que era necesario superar esa memoria y hacer un proceso de reconstrucción histórica.

Naturalmente, no hay Historia absolutamente objetiva, como no hay periodismo absolutamente objetivo. Sabemos que la objetividad es un fenómeno inalcanzable, pero es una aspiración permanente. Todo aquel que tenga –como digo en el prólogo de mi libro– la intención de verdad –a la que alude el gran filósofo francés que trabajó sobre este tema Paul Ricoeur– puede abordar la Historia desde ese ángulo, lo cual no quiere decir que se despoje de su propia personalidad. Es natural que un historiador marxista le dé más importancia a las contradicciones económico- sociales, mientras que uno más liberal se la asigne a la visión

política o jurídica. Eso es inevitable; lo vemos en la gran Historia: la Revolución Francesa es un ejemplo cumplido de eso. Uno lee Michelet, y es una Historia; lee Soboul, y es otra; y se lee Fouret, y es otra. Curiosamente, los hechos son los mismos, pero se pueden interpretar de diverso modo, e incluso –como más de una vez se ha dicho– cada generación reescribe la Historia desde su propia óptica. Pero eso nos enfrenta al otro mal, que es el anacronismo, cuando queremos entender –y aun juzgar; esa es la tentación de juzgar episodios que han ocurrido en otro contexto, en otras circunstancias, en otro mundo. Sin ir más lejos, estos episodios del Uruguay se inscriben nada menos que en la época en que el mundo estaba viviendo la “Guerra Fría”, que no fue la Segunda Guerra Mundial en cuanto a cañonazos, pero que fue muy fuerte, entre dos Estados que trataron influir en el mundo, cada uno a su modo.

De manera que mi pretensión era hacer algo que no fuera las memorias que estamos recibiendo, memorias que a su vez, las que se están escribiendo, están del lado de los que participaron del movimiento guerrillero de la época, y normalmente no hay memoria de lo militar u otro tipo de memorias. Entonces, la intención fue hacer una reconstrucción histórica, tratando de reflejar no sólo una memoria, sino memorias plurales y otros episodios que ya no están en la memoria colectiva, porque los hechos económicos, los científicos, aparecen desdibujándose, y luego ni siquiera advertimos que los años sesenta, que fueron tan violentos acá, lo

fueron en todo el mundo, y que aquellos años fueron de contestación, así como estos años son mirados desde otro ángulo; no digo desde la paz, porque el sueño kantiano de la paz perpetua está bastante lejos, pero sí desde otra perspectiva.

Esa fue la intención, felizmente entendida –como recién lo decía nuestra editora– por mucha gente que ha comprado el libro con curiosidad y que –yo diría– lo ha respetado; es lo que me importa señalar. Y en el caso de la comunidad académica que representan aquí, creo que eso, para quien no es un académico sino un historiador “amateur” llevado más que nada por la pasión que siempre tuvo por el relato y la interpretación históricos, es lo más importante que se puede pedir: el respeto, y a partir de allí tratar de entender mejor las cosas. Esa es la contribución que hemos tratado de hacer. Y con esto empezamos.

(Aplausos)

SEÑOR GARCÉ.– Buenas noches. Es difícil esto de tener que hablar luego de que lo ha hecho el doctor Sanguinetti.

Agradezco mucho la invitación. Me parece que es una gran idea que podamos intercambiar ideas entre los que nos manejamos en el mundo académico y quienes lo hacen en el mundo político o estuvieron toda la vida en él, como es el caso del doctor Sanguinetti.

Una de las tragedias de la década de los sesenta es que ese puente se voló, como tantos otros. Creo, entonces, que este es un lindo símbolo de una buena época que está viviendo el país en ese sentido.

No sé si voy a debatir, porque estoy bastante de acuerdo con lo que dice el libro, y no es fácil estar de acuerdo con el doctor Sanguinetti. Cuando leí este libro, lo primero que me sorprendió fue la serenidad con la que él se posiciona frente al pasado, porque toda la vida lo tuve como un hombre temperamental, como un “tano”. Pero se para frente al pasado, frente a los hechos dramáticos de la década de los sesenta, que tienen como epílogo la dictadura, muy seria y serenamente. Y lo hace para decir lo que yo llamaría –robándole la expresión a Al Gore– una verdad incómoda. Esa es la sensación que tuve al leer el libro: ¡qué verdad tan incómoda! Y la verdad incómoda es, aunque nos duela decirlo, aunque nos duela reconocerlo, que hubo dictadura porque hubo demanda autoritaria. No hay dictaduras sin demanda autoritaria. Cualquiera que recorra las páginas de este libro, creo que una de las conclusiones que puede sacar es que, de modos muy diversos, yo diría que por la participación de muchos actores –la mayoría extraordinariamente bien intencionados–, se terminó generando una demanda de autoritarismo en este país. Yo digo que esto es muy incómodo, porque los uruguayos adoramos la democracia y nos encanta pensar que en todo caso la dictadura fue como una desgracia que nos impusieron de afuera o que nos impusieron desde adentro; por la

dialéctica, digamos, de la guerrilla y de los militares. Solemos circunscribir la explicación del Golpe de Estado a algo así como actores que nos robaron la democracia. Y sí, nos robaron la democracia, pero ¡cuánta gente respiró aliviada el día del Golpe de Estado!

Demanda autoritaria. En algún momento, conversando sobre esto con el doctor Sanguinetti, él me decía –le pido que me corrija si no fue así– que podía tratarse de demanda autoritaria, pero también de desafección. Y es cierto: una cosa es que sectores de la población reclamen un Golpe de Estado, o mano dura –como hoy, frente al delito– con el desorden político, y otra, que experimenten desafección, distancia; que se alejen, que dejen de valorar la democracia. Creo que hubo las dos cosas: desafección y demanda autoritaria. Primera verdad incómoda.

Los tres panelistas hicimos un compromiso de hacer estos dialogados. Por lo tanto, todas las intervenciones van a ser breves, de modo de poder retrucarlas o comentarlas; en definitiva, intercambiar ideas. Voy a terminar esta primera intervención diciendo que básicamente estoy de acuerdo con el libro, y dejaría para más adelante alguna diferencia que pueda tener.

Y hay una segunda verdad incómoda en el libro, yo diría que incomodísima, porque creo que el libro demuestra –puede ser que con la precisión de un historiador, pero más que nada con la contundencia de un alegato jurídico; la de abogado, es la primera formación del doctor

Sanguinetti– que en la construcción de esa demanda autoritaria, las izquierdas tuvieron una responsabilidad enorme.

En la introducción del libro, en las primeras páginas, dice el doctor Sanguinetti que una de las cosas que descubrió, problematizando su propia memoria, a partir de los documentos, fue que no sólo el MLN, no sólo la guerrilla contribuyó a generar una demanda autoritaria. Y habla de otras izquierdas; menciona, por ejemplo, al Partido Comunista y esboza algunas interpretaciones –que yo comparto– de por qué ese Partido, en algún momento, desbordado por la guerrilla, se ve como obligado a correrse a la izquierda –como diríamos los politólogos– frente al desafío –el propio movimiento guerrillero desafió a la hegemonía que el Partido Comunista disfrutaba en aquellos años de la década de los sesenta–, y cómo también, desde su acción del movimiento sindical –no desde su acción parlamentaria–, del movimiento estudiantil y desde los círculos universitarios, “tiró de la piolita” mucho más de lo razonable.

A medida que iba leyendo el libro me iba acordando de las vecinas de mi barrio, cuando yo tenía 9 o 10 años e iba a hacer los mandados al almacén de la esquina, en el año 1974 o 1975, y las escuchaba comentar que por fin se habían acabado no sólo las bombas sino también los paros. Y esto no lo digo con alegría; lo digo con dolor: creo que una de las verdades incómodas de este libro es la de que las izquierdas –incluso la izquierda comunista, que hasta ahora en cierto modo la ha sacado barata en el repaso

o en el juicio del proceso de los sesenta– tienen mucho que ver, lamentablemente, en la construcción de esa demanda autoritaria.

En fin, esta es la dolorida primera intervención que quería hacer.

(Aplausos)

SEÑOR CHASQUETTI.– En primer lugar, agradezco al doctor Sanguinetti la invitación, así como a la editorial. Para mí es un honor estar sentado aquí y poder comentar este libro.

Como ya lo expresamos en la Facultad, me alegro de que esto haya sido así, porque creo que en cierto modo fue una especie de gesto hacia el doctor Sanguinetti de parte nuestra, porque nos tomamos muy en serio este tipo de cosas. Y este es un libro serio; un muy buen libro. Creo que es exhaustivo en la descripción de los hechos y está muy bien escrito, cosa que entiendo que es crucial, porque a uno le permite avanzar rápidamente sin perder el interés ni el centro de lo que se está planteando.

Considero que el libro ofrece una reconstrucción prolija del proceso político de la década previa al Golpe de Estado, y me parece que tiene la virtud de traer al frente, a un primer lugar, un conjunto de hechos que, en cierto modo, cuando trabajamos con la memoria o leemos cierta historiografía, pasan inadvertidos. Por lo tanto, eso es un mérito.

Sanguinetti pretende encarar este período con las herramientas de un historiador, y para mí –este es un juicio personal– el mayor valor que tiene este libro es el hecho de que es un testimonio de alguien que vivió

plenamente de cerca y en el centro de los acontecimientos dicho proceso. En ese sentido, creo que resulta una fuente inagotable de problemas y problematizaciones para quienes tratamos de estudiar ese proceso.

De manera muy inteligente, en la página 370, el doctor Sanguinetti hace algo así como una especie de resumen, y dice que resulta claro que la caída institucional no fue un relámpago repentino –lo acaba de señalar– y plantea cuatro o cinco factores que explican la caída de la democracia en el Uruguay. Al respecto, estoy convencido de que no se puede explicar la caída de la democracia en nuestro país por un único factor. Ahora, este libro hace alusión y pone el énfasis en el papel de por lo menos dos factores: en primer lugar, en el papel de la guerrilla y en todo lo que eso desencadena en el conjunto del entramado institucional y político; y en segundo término, en el papel de la izquierda y de los sindicatos. Yo creo que hay otros factores que juegan y que, tal vez, no tengan un peso tan importante –él lo reconoce–: señala, por ejemplo, una situación de estancamiento muy larga, una sociedad, una clase media acostumbrada a la seguridad, un escenario de “Guerra Fría” y mucha gente que cree que el Uruguay no podía escaparse de ese tablero de soviéticos y estadounidenses donde cayeron prácticamente todas las democracias en América del Sur; sin embargo, olvidan que Colombia y Venezuela, por ejemplo, no cayeron.

Considero que el conjunto de factores que el doctor Sanguinetti enumera es correcto, y el énfasis está bien puesto; sin embargo, creo que

falta uno, que yo esperaba fervientemente: una especie de autocrítica, no del doctor Sanguinetti, no del Partido Colorado, pero sí del sistema de Partidos. A quienes nos formamos como politólogos en el Uruguay, nuestros maestros, que son Romeo Pérez, Carlos Pareja, Pepe Rila, Gerardo Caetano, nos educaron, nos templaron en la idea de que nuestro país ha sido siempre una “partidocracia”. Los Partidos Políticos han sido algo así como los dueños de la toma de decisión; han construido la República, el propio sentido de pertenencia, de nación. El Uruguay es un país construido por los Partidos. Y a mi parecer, la falla de estos es enorme. Creo que hay errores bastante graves en los dos Partidos tradicionales: hay actitudes oportunistas y una situación bastante difícil de explicar, que es la de cómo un personaje como Bordaberry termina siendo el Presidente de la República. A mi juicio, hay como un grado importante de irresponsabilidad de parte de Pacheco Areco. También creo que hay una actitud bastante oportunista del lado de Wilson, que intenta salidas rápidas, fáciles. Sin duda hay responsabilidad del Partido Comunista en su apoyo a los Comunicados Nos 4 y 7 y a su equivocada tesis de que el problema era entre la oligarquía y el pueblo, cuando el problema era entre la democracia y el Golpe de Estado. Pero sin duda me da la impresión de que este es un problema de debate, de discusión. Será por un problema de deformación profesional, pero creo que eso le faltó al libro.

En líneas generales, recomiendo leerlo, porque considero que remueve y que permite abrir una discusión. Y también desafío a los historiadores, que son los que se han mantenido callados, porque los que hemos reaccionado a la interpelación del libro hemos sido los politólogos. Estoy esperando la voz de los historiadores porque, sin duda, el debate, la discusión sobre las responsabilidades, sobre las causas, no es solamente académica; constituye un elemento muy importante, porque deberíamos preguntarnos si aprendimos algo de esa situación, y si bajo condiciones similares podríamos ser capaces de evitar, en el futuro, situaciones que tengan un desenlace tan lamentable como un Golpe de Estado. Le cedo, entonces, la palabra al doctor Sanguinetti.

(Aplausos)

SEÑOR SANGUINETTI.— Se ha puesto sobre la mesa una serie de elementos, y el de la verdad incómoda, de que habla Garcé, es una realidad. En la mirada como país, si nos interpelamos, es muy triste ver cómo el Uruguay fue llegando a eso, rompiendo su tradición, sus valores históricos, y como esa violencia fue desatándose.

No se puede negar que era una época de contestación, de violencia; una época de una juventud que estaba en ebullición en el mundo entero, y de una aureola incuestionable de un hecho que para mí es totalmente determinante: la Revolución Cubana, que en el año 1959 genera una oleada de espíritu revolucionario, cargada de romanticismo, que lleva a mucha

gente, más allá de la razón, a lanzarse a una aventura sobre la base de una idea equivocada.

Hay una cosa que siempre hay que tener en cuenta: los debates políticos suelen subjetivizar las cosas y hurgar en el espíritu de la gente para imponerle intenciones que a veces están lejos de la realidad. Es lo que pasa a veces con los críticos literarios y las obras. A mí me pasaba cuando iba al liceo: leía a De Santis y me gustaba más que Dante, y yo creo que Dante no tuvo ni idea de las cosas que después le iban a hacer decir.

Entonces, como decía, la Revolución Cubana es un hecho determinante; lo es en cuanto a generar en la gente un espíritu de rebeldía en una democracia que tenía muchas fragilidades y muchas debilidades. Y la nuestra, que creíamos tan fuerte, ahí se vio que no lo era tanto; y no lo era tampoco en el sentimiento.

Cuando se habla de los pensamientos de izquierda y de derecha, yo diría que también tendríamos que salirnos del país. En aquellos años, el debate se hacía sobre la base de democracia liberal burguesa versus revolución socialista. Eso era en el resto del mundo; en el mundo entero. Para los partidarios de la revolución socialista, los derechos humanos era una expresión inexistente entonces. Era un patrimonio que aprendíamos de Justino Jiménez de Aréchaga, en la Facultad, como expresión del pensamiento liberal, pero para la izquierda del universo, digamos así, los derechos humanos no era algo que existía. “De qué vale la libertad de

expresión del pensamiento si es para expresarla los propietarios de los diarios, o de qué vale la garantía del debido proceso cuando hay miseria”. Ese era el discurso oficial, no en el Uruguay: en el mundo entero. Había una actitud de desprecio hacia eso. Lo único que valía eran los derechos sociales. Luego, los años mostraron que esos derechos sociales tampoco se conquistaron una vez que se perdió la democracia.

Y eso pasó a derecha y pasó a izquierda, porque todos los golpes de Estado que se dieron en América Latina, se dieron en nombre de dos cosas: en primer lugar, en el de la corrupción política –que era el gran emblema–, y en segundo término, en el de la necesidad de eficacia para combatir mejor los problemas sociales que la política no lograba resolver. Eso fue lo que dijeron los militares peruanos cuando tomaron el poder, los golpistas argentinos, los golpistas brasileños ni hablar –fueron los más articulados–; pero todos dijeron lo mismo: los golpes de Estado se dieron en función de eso. Y nadie puede dejar de suponer que muchos de ellos lo creían sinceramente; no era sólo la ambición loca del poder. Yo diría que los brasileños fueron los más claros, porque ni siquiera tuvieron un dictador: cada cuatro años se reunían –seguro, votaban sólo los Generales– y cambiaban de Presidente. Era una dictadura institucional, de las Fuerzas Armadas, sin dictador personal. Eso ocurrió.

Ahora, yendo a lo que señalaba Chasqueti, no hay duda de que hubo una fragilidad política. Y no ahondé más en ella, porque ahí se entra

realmente en un terreno extraordinariamente subjetivo. ¿Dónde estaba la fragilidad política y dónde estaba la fragilidad económica? Son dos fragilidades que no sólo el Uruguay tenía; el Río de la Plata también.

La fragilidad económica estaba en que Argentina y Uruguay –como dijo una vez Tulio Halperin Donghi– eran las viudas del Imperio Británico, que se quedaron solitas, desoladas, porque habían perdido a quien les compraba y les vendía la carne, la lana, etcétera. Había nacido otro mundo, con un predominio de Estados Unidos, al que veíamos muy lejos y con el que no estábamos acostumbrados a negociar. De hecho, hasta hoy nos cuesta comerciar con Estados Unidos. Entonces, había una transición económica muy dura y difícil.

En segundo lugar, había también una transición política. En el año 1959 muere Herrera y en 1964 –año fatal– Luis Batlle, el caudillo colorado más fuerte de los últimos veinte o veinticinco años –o sea que desaparecen los grandes caudillos–; también fallecen Fernández Crespo, que de algún modo fue el que estableció la continuidad histórica de algo que era distinto al herrerismo y al Partido Blanco Independiente, y Nardone, que fue quien realizó el primer intento que superó la barrera partidaria. No cabe duda, entonces, de que había una gran fragilidad política, junto con liderazgos nacientes, o liderazgos particulares. Por ejemplo, el liderazgo de Pacheco no nace desde la política sino desde el Estado, pues no era un gran dirigente antes de llegar a ese lugar. Yo fui su compañero como Diputado, fuimos

amigos y después nos desempeñamos como Ministros, pero repito que él no llega como una gran figura política de ese momento; acompaña a Gestido porque él apreció su lealtad cuando Pacheco renunció a la Dirección de “El Día”, al que había dedicado su vida, para acompañar la Reforma Constitucional presidencialista. Esa fue la razón.

Hay miles de teorías que se escuchan por ahí sobre el tema de los candidatos. Una muy repetida es que Gestido le había ofrecido la Vicepresidencia a Michelini, pero no fue así, y lo puedo afirmar porque fui muy amigo de Michelini y tuve su testimonio. Incluso recuerdo su indignación cuando el General “deshojaba la margarita” y no se decidía nunca. La verdad es que el primer candidato a acompañar a Gestido en la Vicepresidencia era Héctor Luisi, que era el gestor político con el que él se había manejado.

Repito, entonces, que estábamos en un momento de transición, y esto hizo que los liderazgos fueran muy particulares. El de Pacheco fue un liderazgo de la circunstancia.

Los personajes públicos tenemos una imagen, pero normalmente nuestra imagen pública no coincide con la realidad. Eso nos pasa a todos, y también a mí. Como todos imaginan que soy un político con determinadas características, piensan que nada de lo que hago es espontáneo, por ejemplo. Si en este momento le sirvo un vaso de agua a Garcé, como estoy haciendo, estiman que es por algo y que por alguna premeditación no se lo

serví a Chasquetti , se asume que nada es espontáneo, que todo es planificado....

(Hilaridad, dialogados y aplausos)

–A Pacheco le atribuyen cosas fantásticas. Con bastante irreverencia pero con precisión y afecto –porque realmente fue un amigo mi amigo Pacheco– una vez dije: “¿Saben lo que era Pacheco? Era un reo culto de buena familia”.

(Hilaridad)

–“Reo” en el mejor sentido de la palabra, porque era gardeliano: la amistad, la barra de los muchachos era su mundo, lo que él quería, lo que disfrutaba. De la ambición autoritaria que se le atribuye estaba a siete mil kilómetros. A su vez, era una persona más culta de lo que dicen todos. Escribía muy bien, aunque con un lenguaje un poco arcaizante, con palabras que no eran usuales; esos famosos “discursitos” eran escritos y dichos por él, no tenía ningún “speech writer”. Y era de buena familia porque representaba una larga tradición.

Lo que ocurre es que Pacheco se encuentra ahí y “emboca” todo ese lío por la muerte de Gestido. Se me podrá decir: “Siempre se puede pensar que pudo haber tenido más diálogo”. Sí; siempre se puede pensar, pero también debo decir que el diálogo era muy difícil cuando los cuestionamientos eran tan extremos.

Paso ahora a lo que tiene que ver con los comunistas. En ese entonces sí, yo tenía mucho diálogo con comunistas.

SEÑOR GARCÉ.- Antes está lo relativo a la fórmula con Bordaberry.

SEÑOR SANGUINETTI.- En el tema de la fórmula con Bordaberry también hay fantasías y se dice que Fulano influyó. Por ejemplo, el otro día el Embajador Castells se reía, porque en uno de los relatos lo ponen a él con un protagonismo que no tuvo ni de cerca.

No cabe duda de que el tema de la fórmula fue un error de Pacheco, y fue él la primera víctima y el que más lo lamentó. ¿Por qué Pacheco elige a Bordaberry? Ahí hay mil circunstancias que se pueden alegar, una u otra. Los candidatos que lo pretendían –lo digo claramente, porque la mayoría de ellos eran amigos míos, como Giorgi o “Nito” Lanza, por ejemplo– no contaban con el consenso partidario; generaban un bochinche partidario. ¿Qué es lo que ve Pacheco en Bordaberry? Alguien dice que fue la influencia de Gari, pero no es así; sin embargo, sí es verdad que Gari le decía a Pacheco: “Usted es demasiado urbano, Presidente, demasiado de ciudad; usted es demasiado del mundo montevideano, del boxeo, de esas cosas; precisa a alguien rural”. Bordaberry era un hombre con esa tradición, perteneciente a una clásica familia ganadera uruguaya, católico, buen señor, de una buena familia, había sido un buen Ministro de Ganadería –yo como Ministro de Industria trabajé mucho con él–, por lo que constituía una figura que no iba a generar controversias y, aparentemente, podía

agregar un pequeño plus a la campaña. ¿Qué pasó? Que después supimos que era anticomunista, pero que no era demasiado demócrata.

(Hilaridad)

–Su convicción era fuerte en el anticomunismo, pero desgraciadamente no lo era tanto en la democracia. Esos son los errores de la subjetividad política; es el error de los historiadores marxistas que creen que todo es fuerza objetiva. No es así. Es más: voy a decir algo que pienso pero no puedo escribir, porque uno no puede ir contra los hechos. Yo les diría que si Pacheco hubiera seguido siendo el Presidente, acá no pasaba nada, porque seguramente hubiera sabido manejar ese problema. Esa es mi impresión, pero no lo puedo decir porque no tengo cómo testimoniarlo; es simplemente algo que pienso, porque vi cómo manejó la situación anterior: peleó hasta al último policía y nunca quiso meter al Ejército. Sólo lo hizo obligado por las circunstancias.

Responsabilidades, como siempre digo, tenemos todos en conjunto. Es lo de los positivistas: la causa eficiente y la causa circunstancial. Si uno saca del relato a la guerrilla, no se entiende nada; en ese caso el Golpe de Estado no aparecería. Esa es la causa eficiente, la real, lo demás es circunstancial.

Como les decía, en aquel momento yo tenía mucho trato con los comunistas, a los que veía sufrir, porque Arismendi estaba en la otra teoría, que era totalmente distinta. Por supuesto que el concepto revolucionario era

socialista, pero sobre la base de lo que ellos llamaban la acumulación de fuerzas y no sobre la base de las armas. Yo lo veía sufrir a Arismendi, que era amigo nuestro, y digo “nuestro” porque también lo era de Marta, ya que hasta nos visitábamos en nuestras casas, con lo que digo todo. Incluso por ese motivo, muchas veces me endilgaron “¡Usted era amigo de los comunistas!”. Sí, tuve algunos amigos comunistas y por Rodney sentía un enorme respeto. Recuerdo que le decía: “Vos sos la excepción, porque Sartre afirmaba que no podía haber alguien inteligente, comunista y buena persona”.

(Hilaridad y aplausos)

–Aron decía: “Sí; se puede ser inteligente y comunista como Sartre, pero no buena persona; o se puede ser buena persona y comunista como George Marchais, líder comunista, que no es inteligente”.

(Hilaridad)

–Entonces, yo le repetía: vos sos la excepción, Rodney. Hubieras seguido siendo colorado, como tu padre, y hubieras llegado a la Presidencia.

(Hilaridad)

SEÑOR GARCÉ.- De todas maneras, a mí me parece que en el libro hay dos importantísimas figuras que la sacan demasiado barata. Creo que Pacheco saca muy barata su participación en todos esos episodios previos al Golpe de Estado, y Juan María Bordaberry también. Ahí es donde yo

estoy de acuerdo con Daniel en cuanto a que hubiera sido deseable, y en cierto modo festejable por parte de nosotros como lectores, encontrar un juicio más crítico, que capaz que usted no tiene, pues es cierto lo que dice nuestro colega Daniel Bouquet en el sentido de que la autocrítica no existe, la “autocrítica” la hacen los demás.

(Hilaridad)

—¿Hasta dónde es justo pedirle a los partidos políticos, y particularmente a alguien colorado desde la punta de los dedos hasta la punta del pelo, que sea autocrítico, cuando se trata de su Partido, de su pasado, de sus amigos? En todo caso, el pachequismo y Bordaberry han tenido durísimos críticos; de la “autocrítica” —entre comillas— se han ocupado otros autores. Ahora mismo, en los últimos meses, se ha publicado un libro de Daniel Corbo, titulado “Cómo hacer Presidente a un candidato sin votos” —otro libro polémico, pero que diría que es excelente—, que es súper crítico en este punto, precisamente. Uno de los juicios más duros hacia Pacheco es no haber tenido más criterio en el manejo del tema reelección y del tema sucesión. En este punto, reitero, acusa a Pacheco de irresponsabilidad.

Por consiguiente, vuelvo a formularle, ahora públicamente, una pregunta que le hice por teléfono hace unos meses: ¿no la saca demasiado barata Pacheco?

SEÑOR SANGUINETTI.- Bueno, en realidad yo soy un político que hago historia, pero el Uruguay está lleno de historiadores que hacen política.

(Hilaridad y aplausos)

–Por eso me atreví a hacer esto. Muchas veces pensé: ¿y yo me tiro a historiador? Una cosa era hablar de Figari, de la historia del arte, etc. Pero me metí por eso: si hay historiadores que pueden hacer política, ¿por qué yo que soy político no puedo hacer historia? Lo que ustedes me piden es que yo sea menos historiador y más juez; pero yo no quise serlo, traté de no serlo. Lo que quise fue presentar los hechos tal cual eran. Hay gente que leyendo esos hechos podrá decir: “Pacheco debió haber dialogado más”, o “Wilson debió haber aportado más”, porque ese también es el tema. Pero, ¿qué ocurre? Que hay que tratar de ponerse en las circunstancias: Wilson era un líder en ascenso. Hoy, desde la mirada tranquila, uno puede decir: “Wilson estaba demasiado exaltado, no veía la fragilidad de la situación y se dedicaba a voltear Ministros”. Mirado desde hoy todo puede parecer diferente, pero era su propia modalidad y pero se trataba de alguien que estaba construyendo su liderazgo de la nada.

SEÑOR GARCÉ.- Pero Pacheco también buscaba su liderazgo de esa manera.

SEÑOR SANGUINETTI.- Naturalmente.

SEÑOR GARCÉ.- La mano dura también le llegó.

SEÑOR SANGUINETTI.- ¿Usted cree que Pacheco murió feliz de haber nombrado a Bordaberry?

SEÑOR GARCÉ.- No; por supuesto.

SEÑOR SANGUINETTI.- Todos cometemos errores, porque en política es muy subjetivo lo que decimos; es Juan o es Diego, y uno elige al que puede entre lo que tiene a disposición. Las opciones en la política siempre son relativas; y después, inclusive, podemos decir: “Pero yo no tenía a De Gaulle para nombrar”.

(Hilaridad)

–Había que nombrar entre lo que había, y lo que había era eso. La única otra opción que tenía Pacheco –y que pudo haber sido buena– era Sapelli.

Pero vuelvo a decir que el concepto con el que Pacheco se manejó fue ese: vamos a nombrar a alguien más “rural”, porque lo habían convencido –y creo que con razón– de que él era una persona muy urbana, muy montevideana.

UN PARTICIPANTE.- A mi juicio, Pacheco también se equivocó al buscar la reelección, y eso no se menciona. Recordemos que en ese momento la circunstancia era que no había reelección.

SEÑOR SANGUINETTI.- Estamos de acuerdo, y esa fue una discrepancia que personalmente tuve, pues yo me encontraba en la otra posición política, contraria a la reelección –no a Pacheco– como

institución. Siempre fui contrario, desde aquella época, e incluso hice campaña en contra de la reelección. Esa fue una diferencia que mantuve con Pacheco, pero la vida política es así, hay coincidencias y hay discrepancias. Lo que pasa es que se trató de un episodio de circunstancia: era evidente que no había un candidato capaz de llevar las cosas y fue así como ocurrió ese artificio constitucional tan discutible, al punto que fue debatido en la propia Corte Electoral, donde se resolvió por seis votos contra cinco, con el doble voto de su Presidente, que fue quien definió.

SEÑOR CHASQUETTI.- Yo quiero mencionar ahora algunas cosas que me impresionaron.

En primer lugar, ya que estábamos hablando de Wilson, quiero decir que comparto el retrato que sobre él nos deja al pasar, porque creo que con Wilson estamos viviendo algo así como la construcción de un mito, que nos impide ver lados, no quiero decir injustos, pero sí más típicos de un político que, haciendo su carrera, trata de llegar a la cumbre. Yo siempre recuerdo conversaciones con Adolfo, cuando mirábamos, por ejemplo, cómo en cierto momento Wilson liquida a Washington Beltran, su mentor líder, pasándolo a degüello. Eso ocurre entre 1967 y 1971.

Creo que el doctor Sanguinetti describe muy bien la actitud de Wilson derribando Ministros, como también su actitud en el momento de armar la coalición de Bordaberry, porque veo ahí un primer período en el que Bordaberry tiene algunos gestos que para mí son muy buenos, como el

ir a ver a Wilson a su casa, y luego ir a la casa de los Lamas a reunirse con el Directorio del Partido Nacional. Esos son hechos que habitualmente pasan inadvertidos y que, en cierta forma, todavía expresan una voluntad de Bordaberry de compromiso con el sistema político. Considero que la desafección de Bordaberry viene más tarde, aunque al decir “más tarde” tal vez hable de unos pocos meses. En ese momento Wilson declara –lo he leído en la prensa de la época– “Vino a ofrecerme cargos”. Todos sabemos que en la política hay tres grandes motivaciones: conquistar votos, llevar adelante políticas, y también conquistar cargos. Desde hace cinco años el Partido Colorado está sufriendo la falta de cargos, porque es muy claro que diez Diputados, tres Senadores y únicamente la Intendencia Municipal de Rivera, resulta poco. Sin embargo, Wilson se quejaba de eso, y yo considero que su actitud fue un poco irresponsable, pues la realidad del país exigía una gran coalición, un gran acuerdo, que se cerraran filas en torno a un bien común; pero esa gran coalición no se logró. Inclusive después, cuando en junio la minoría del Partido Nacional llega al acuerdo, los llama “blancos baratos”.

SEÑOR SANGUINETTI.- Quisiera hacer un pequeño agregado a lo que se acaba de expresar.

Seguramente usted vio que yo publico unos pequeños párrafos del discurso de asunción de Gestido, y mucha gente –sobre todo algunos

muchachos– me han hecho comentarios sobre el dramatismo de esas palabras.

SEÑOR CHASQUETTI.- Así es.

El segundo hecho que me llamó bastante la atención –que ya cuando leí el libro de Chagas y Trullen también me pareció realmente impactante– es el tratamiento que usted le da a Pacheco. Yo creo que usted da en el punto al decir que Pacheco hace lo que tiene que hacer un Presidente. Es difícil hacer este tipo de comparaciones y tal vez pueda haber un anacronismo, pero estoy seguro de que si a Tabaré Vázquez le apareciera un movimiento guerrillero, se comportaría como Pacheco, porque es un problema de ejercicio de la autoridad, que creo que fue lo que hizo Pacheco.

Estoy de acuerdo con lo que dijo Rodrigo en cuanto a que Pacheco cometió dos errores graves: aceptar la reelección –cosa que me da la impresión de que recién ocurre en agosto, lo cual demuestra un gran cabildeo, por lo menos públicamente–, y nombrar a Bordaberry como su Vice.

Otro punto interesante es el que tiene que ver con el hecho de que las Fuerzas Armadas llevaran preso a Jorge Batlle y el sistema político no hiciera nada. Son todas reacciones oportunistas; todos trataban de desmarcarse, precisamente en el primer momento en que deberían haber cerrado filas. Piénsenlo. Sé que es difícil y que uno puede caer en el

anacronismo, pero si hoy metieran preso al líder de una fracción o de un partido político, ¿cómo reaccionaríamos? Con seguridad en forma absolutamente distinta.

Con ese antecedente, en febrero, cuando Bordaberry tiene que cortar, era obvio que nadie iba a ir a la plaza, que todos se iban a quedar quietos. En ese sentido, entonces, yo le atribuyo una gran responsabilidad al sistema de partidos, a los partidos políticos.

El último punto que quisiera que nos comentara –en resumen, los temas son: Wilson, la prisión de Jorge Batlle y este flagelo– es cómo los tupamaros influyeron sobre los militares. Eso también me llamó bastante la atención. Hay un capítulo muy bien escrito –que transcribí porque me encantó– en el que usted comienza diciendo “Mauricio Rosencov es un prolífico autor teatral, narrador, pero sobre todo un inteligente y atractivo chauvinista”. La idea es la siguiente: Rosencov y sus compañeros –Fernández Huidobro y otros– terminan convenciendo a jóvenes oficiales de que en verdad el país estaba muy mal y la clase política estaba en estado de putrefacción, prácticamente, por lo que había que operar contra el poder político y contra el poder económico.

La otra vez le pregunté –y ahora vuelvo a hacerlo aquí, en público– si no es exagerado creer que la capacidad de persuasión de Rosencov –si bien reconozco que es un gran cuentista– es tan importante como para

llegar a convencer a una parte del Ejército, dándole el libreto para que sigan actuando.

SEÑOR SANGUINETTI.- Voy a comentar los tres temas.

En cuanto a Wilson, debo decir que a los políticos hay que ubicarlos en la perspectiva de su trayectoria, de sus periplos de liderazgo, en los que siempre hay un momento de ascenso, un momento de apogeo y un momento de declinación. Wilson era un líder en ascenso. De ahí su intransigencia: no pactaba con nadie, no transaba con nadie, no arriesgaba con nadie.

Se me podrá preguntar: “Pero Wilson, ¿no advirtió la gravedad de la situación?” Yo les diría que no. A tal punto no la advirtió, que yo que era muy amigo de Wilson y por quien siento un enorme respeto y cariño y un gran agradecimiento, puedo decir que la imagen actual de Wilson es muy distinta a la que teníamos quienes vivimos su ascenso. Cuando esto ocurría, Wilson era el personaje iracundo de las interpelaciones, el político duro que volteaba Ministros, que acababa con ellos. Ese era Wilson. La imagen que tenemos todos hoy –sobre todo los más jóvenes– es la del pacificador de los últimos años. Recuerdo que varias veces le dije: “Pensar que vos empezaste como incendiario y ahora terminás como bombero”

(Hilaridad)

–La vida va transcurriendo y nos habla de su grandeza. Eso es lo que pasó. Wilson no tenía real idea del tema militar y de la situación. Incluso

discutí con él tres días antes del Golpe de Estado; yo estaba en la Cámara, y el “Toba”, que presidía, me manda un papelito que decía: “Andá a mi despacho”. Cuando llegué allí estaba Wilson solo, que me dijo: “Tengo el acto en la Plaza Matriz ahora; ¿qué te parece que diga?” Lo primero que le respondí fue que no llevara a cabo el acto. Y agregué: “¿Qué vas a decir? Yo, personalmente, creo que ya no tenemos salida; pienso que estamos liquidados por esto, esto y esto, que es lo que te he venido diciendo”. Incluso, le dije: “A vos te han engrupido varios. El golpe está armado; vos les podés dar el pretexto o no, pero creo que a esta altura es muy difícil que podamos detenerlo”. Reitero, entonces, que él no tenía una idea cabal de la situación.

Con respecto a la prisión de Jorge Batlle, diremos lo siguiente. ¿Por qué va preso? Porque se ve acorralado por un proceso de difamación. ¿Por qué él? Los militares golpistas querían precipitar la situación. ¿Cómo hacerlo? Demostrando que los políticos eran todos corruptos, para lo cual tomaron a algunos candidatos. Jorge Batlle fue víctima de un proceso de difamación, con pintadas en las calles realizadas por gente de los servicios de inteligencia. Es ahí que Jorge Batlle sale a denunciar la situación, e incluso dijo –y era verdad– que varios oficiales de un Batallón de Infantería de Montevideo habían estado en el Palacio con Amodio Pérez. Pero, ¿cómo? ¿Amodio es un convicto, y anda aquí diciendo: “Este sí”, “este no”? Esa fue su denuncia, y la reacción política, efectivamente, no fue la

adecuada, y como su abogado puedo decirlo. Pero repito que esto ocurrió porque el sistema político estaba frágil.

Y ahora sí pasamos al último tema. Acá hemos discutido mucho sobre la responsabilidad política, y está bien, pero creo que la historia no se sustenta en la distribución de responsabilidades, sino que hay que narrar los hechos con la mayor veracidad posible, contextualizándolos lo mejor posible, y que cada uno obtenga sus conclusiones de acuerdo a cómo lo juzgue. Repito, pues, que el tema no pasa por una búsqueda de responsabilidades.

Que el sistema político no estaba en su esplendor, estamos de acuerdo. Pero aquí entra a jugar la subjetividad y, en mi opinión, si Pacheco hubiera estado manejando la situación, no hubiera venido el golpe. Y hasta yo puedo agrandarme y decir: “Si yo hubiera estado...”, no sé lo que hubiera pasado...

(Hilaridad)

—...porque uno no puede saberlo; la subjetividad es muy fuerte, muy importante en estas cosas.

Lo de Rosencov y los militares lo expongo porque, de algún modo, es el hecho precipitante. Lo que resulta muy asombroso es que se trate de los oficiales más duros, los que habían participado en la campaña de los ilícitos económicos, con algunos de los cuales he estado ahora, a raíz del libro, porque les he formulado preguntas. Ellos niegan ciertas cosas, y yo

diría que hasta con honestidad, porque a algunos de ellos los considero gente honesta. Lo que ocurre es que tenían una idea deformada de lo que era el tiempo político.

Se podrá decir que de algún modo contribuimos, y es verdad. Yo decía esas palabritas al principio: tengamos en cuenta que el contexto es otro, pero si uno mira una campaña política como la que estamos viviendo hoy, en un contexto como aquél hubiera sido un desastre. En el actual contexto de paz, a la gente le gusta más o le gusta menos, pero va a ir a votar y no va a pasar nada. Pero no hay ninguna duda de que la democracia así no se prestigia. Entonces, no es que Rosencov les haya inventado el golpe, pero obviamente les ayudó a alcanzar un protagonismo que ya estaba desatado.

En el libro cuento que la primera vez que oí al General Álvarez explicar cuál era el plan de los tupamaros, a pesar de que –como siempre digo– soy de muy buen dormir, fue uno de los pocos días en que no dormí. Al volver le dije a mi señora: “Vieja: vi los rostros del Golpe”. Bordaberry nos había invitado a asistir, a mí y a Luis Barrios Tassano, porque los militares querían darnos una explicación, y después de oírlos no cabía ninguna duda, porque no vimos el planteo de militares ejerciendo su función, sino la posición de políticos en ciernes, creyendo que lograrían arreglar el mundo; todas las respuestas eran políticas, por lo que el golpe se veía venir.

Quiere decir que el caldo de cultivo ya existía, y Rosencov, hábilmente, les dijo: “Yo les ofrezco la gloria. Ustedes van a ser los vencedores. Siendo todos combatientes, ustedes y nosotros hacemos un pacto y firmamos un acuerdo sobre el programa que aplicará el Gobierno”. Entonces, no es que él los convenciera, pero fue quien puso la semilla en un campo sumamente fértil.

En cualquier caso, hablando en el terreno de las responsabilidades y más allá de las que todos podamos tener, sin ninguna duda tenemos que hacer un deslinde entre quienes usaron la violencia y quienes no creyeron en ella. Me parece que es el deslinde básico y la gran moraleja de aquellos tiempos históricos: el gran cargo a quienes creyeron que había que desligarse de la democracia y hacer la revolución a bombazos, frente a aquellos que creyeron que había que salvarla con un tanque. Si hablamos situándonos en ese terreno, estas dos responsabilidades aparecen inexcusables. Todo lo otro fue el escenario que, quizás, le facilitó la tarea a los enemigos de la democracia pero la responsabilidad es los que usaron la violencia y renunciaron a la política..

(Aplausos)